

***Bélgica***  
**Franz Mehring**  
**16 de abril de 1902**

(“Belgien”, *Die Neue Zeit*, año XX, volumen 2. 1901-1902; firmado el 16 de abril de 1902)

En la lucha histórica del proletariado moderno por su emancipación, la clase obrera belga se encuentra actualmente en la primera fila. Proclamó la huelga general para conquistar el sufragio universal con el apoyo vacilante e incierto de los liberales, contra la resistencia encarnizada de los clericales cuya dominación sería quebrada para siempre con este sufragio.

Aunque Bélgica sea la más joven y pequeña de las monarquías europeas, hubo una época en que era considerada como el modelo de la monarquía moderna. La constitución belga es un verdadero muestrario de todas las libertades y derechos constitucionales imaginables, una “obra monumental” como la llamaban los liberales alemanes de los años 30 y 40 del siglo pasado, con celos manifiestos. Es cierto que esta constitución incluía el sentido electoral, pero lejos de ser un defecto, fue la mejor de sus ventajas ante los ojos de los liberales.

Un país dotado de tal constitución debía ser feliz, y en efecto, durante más de una generación, Bélgica fue considerada un país feliz. El sistema parlamentario pendular de los clericales y los liberales fue practicado según todas las reglas del arte: en cuanto al proletariado, en ese país con una industria tan desarrollada la teoría de la constitución modelo se preocupaba muy poco de él, y menos aún lo hacía su práctica. No obstante, llegado el caso, el proletariado se hacía notar: en enero de 1834, un levantamiento obrero que se desencadenó en Gante exigió que se le aseguraran al pueblo los frutos de su revolución; en 1839, algunos proletarios sin trabajo se concentraron en las calles y tuvieron que ser dispersados por la fuerza armada. Al lado del movimiento obrero se anunciaba ya el socialismo belga: sus representantes fueron Adolphe Bartels, Joffrand y sobre todo Jacob Kats, tejedor flamenco y agitador de vocación. Su reivindicación común, haciendo abstracción de ciertas divergencias, fue el sufragio universal. En sus innumerables folletos, Kats condenaba en tono irónico pero con sólidos argumentos el sinsentido que prescribía el pago de cierta suma de dinero por el derecho de defender los intereses populares. Si los adversarios objetaban que el sufragio no implicaba ventajas, entonces respondía: “¿Si no hay en el sufragio universal ninguna ventaja por qué se lo niega entonces a los trabajadores? Sí ustedes no ven ventajas en él, a nosotros nos corresponde mostrárselas. Si el propio pueblo nombrara a sus representantes, éstos no tolerarían que se lo ametralle al reclamar trabajo para poder alimentar a los suyos, como sucedió recientemente en Gante. Esto es lo que ganaría el pueblo con el sufragio universal, y muchas otras cosas más.” En los años que precedieron la revolución de febrero, cuando Marx y Engels vivían en Bruselas, la capital belga llegó a ser un centro de la propaganda comunista.

Pero todo esto aún no se había arraigado profundamente en el país de la constitución modelo. Al contrario, incluso durante las tempestades de 1848, que no lograron hacerle vacilar, Bélgica fue El Dorado del constitucionalismo burgués. Ningún

país de Europa, con excepción de la Rusia semiasiática, había quedado a cubierto de esas tempestades. Hasta Suiza tuvo su guerra del Sonderbund, pero Bélgica nadaba como una isla bienaventurada sobre las olas de la revolución. Cuando llegaron a Bruselas las primeras noticias de la caída de la realeza francesa, la juventud democrática tuvo ciertos ímpetus, pero el buen rey, sin mucho trabajo, sedujo a los buenos constitucionalistas. El viejo y taimado Cobourg convocó a sus ministros, diputados y alcaldes liberales, y les declaró solemnemente que estaba dispuesto a dimitir en caso de que el pueblo lo exigiera. Los benditos enternecidos de la burguesía se abalanzaron entonces sobre los elementos efervescentes, que fueron desarmados y detenidos, luego expulsaron del país a los refugiados peligrosos. Se sabe que Marx y su mujer tuvieron que soportar el trato más brutal.

Entre 1850 y 1870, la riqueza nacional belga aumentó formidablemente. La exportación, que había sido sólo de 140 millones de francos en 1840, pasó a 409 millones en 1860 y a 888 millones en 1870. Según las leyes inmutables de la producción capitalista, para la gran masa de la nación, esta riqueza no significaba más que una miseria general. Una estadística oficial de 1855 estableció que solamente alrededor del 5 por ciento de los obreros de la industria vivían en una situación más o menos soportable, el 75 por ciento en una miseria completa. Según un informe del cónsul inglés, en 1871 un sexto de la población vivía de limosnas y más o menos la mitad era analfabeta. Pero toda esa miseria no impresionaba a la clase dirigente, ni a los liberales, ni a los clericales. En 1862, el ministro liberal Rogier declaró al embajador inglés en Bruselas que el trabajo de los niños no estaba limitado ni por una ley general, ni por reglamentos locales, que en el transcurso de los tres últimos años, en cada sesión parlamentaria, el gobierno se había propuesto presentar a la Cámara una ley al respecto, pero que siempre había encontrado una desconfianza insuperable, provocada por un celoso temor hacia toda legislación contraria al principio de la plena libertad del trabajo.

Este “celoso temor” no obsesionaba menos a los clericales que a los liberales. Bélgica suministró un ejemplo típico de la incapacidad absoluta de la iglesia católica de atenuar las miserias sociales del capitalismo, un ejemplo típico de la falta de sinceridad de los demagogos, cuya influencia, en Alemania, es aún lo suficientemente fuerte como para ocultar a una parte de la clase obrera el carácter antiobrero del partido clerical, que no se distinguió en nada de los otros partidos burgueses. En Bélgica opuso la misma resistencia fanática y limitada a la legislación sobre protección del trabajo que el partido liberal, haciendo abstracción de cierta benevolencia platónica por la observación rigurosa del descanso dominical, evidentemente no por razones de higiene social, sino por simple santurronería. Del mismo modo, se alzó, tanto como el partido liberal contra las tentativas de asociación de los obreros. Rodolphe Meyer, que conocía el asunto y que además tenía una buena opinión de la misión social del clero católico, escribía al respecto, en el transcurso de los años 70: “La conducta de los socialcristianos belgas permite sospechar que los católicos sólo formulan reivindicaciones serias al estado cuando están en la oposición, pero no cuando ejercen el poder... El partido católico tiene el poder en Bélgica, pero no lo ha usado en beneficio de las clases trabajadoras. Es una vergüenza para el gobierno belga, supuestamente tan católico, que ni siquiera haya tratado de establecer una legislación de fábricas, asunto en que la Inglaterra herética es un ejemplo para todos... A los católicos de otros países les costará trabajo hacer reconocer la seriedad de sus proyectos de reforma mientras la Bélgica católica siga siendo para ellos una mancha tan vergonzosa”. Por otra parte, es notable que la invitación solemne de Meyer a los representantes católicos alemanes de la política social, exhortándolos a renegar de los actos de sus amigos belgas y a mostrar así la

pureza de sus propias intenciones, no haya obtenido ningún resultado. Los lobos no se comen entre sí.

Los clericales y liberales belgas fueron animados por el mismo espíritu en la década del 60 cuando el movimiento obrero comenzó a extenderse en el continente. En la proclamación de la Europa oficial Bélgica fue declarada neutra, pero la diplomacia europea cometió una de esas tonterías que traicionan su origen divino: se hubiera podido comprender que consintiera que las marionetas reales de Bruselas dispusieran de un puñado de soldados como ostentación, en su opinión indispensable, pero otorgó a un país neutral, de una superficie de 540 millas cuadradas, el costoso lujo de un ejército permanente más fuerte que el de Gran Bretaña o Estados Unidos. ¿Hay que asombrarse de que la burguesía belga haya tenido la gloriosa idea de hacerle cosechar laureles a este espléndido ejército en persecuciones contra la clase obrera? Incluso en la Prusia policial, y a pesar de las cargas que fueron dirigidas contra los huelguistas, ninguna huelga de las regiones industriales fue reprimida a sangre y fuego cuando estalló el período de las huelgas en los años 60. No ocurrió lo mismo en Bélgica.

Al respecto encontramos algunas frases clásicas en un llamado lanzado el 4 de mayo de 1869 por el consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores: “Sólo hay un pequeño país en el mundo civilizado cuya fuerza armada esté destinada a masacrar obreros, donde, ávidamente y con malignidad, cada huelga es un pretexto para la represión oficial. Este pequeño país singularmente dotado es Bélgica, país modelo del constitucionalismo continental, paraíso confortable del propietario terrateniente, del capitalista y el clerical. De manera tan inevitable como la tierra efectúa su rotación anual, el gobierno belga, cada año, ordena su masacre de obreros. La de este año no se distingue de la del año anterior sino por el número más considerable de víctimas, por los horrores más atroces de una soldadesca grotesca, por las ruidosas expresiones de alegría de la prensa de los clericales y los capitalistas y por la infame nulidad del pretexto a que apelan los carniceros del poder estatal. Está establecido por los mismos informes de la prensa capitalista, imprudentemente publicados, que la huelga justificada de los poceros de las acerías Cockerill, en Seraing, fue transformada en motín solamente por la caballería y la gendarmería que súbitamente intervinieron para provocar al pueblo. Del 9 al 12 de abril, estos valientes guerreros se abalanzaron más de una vez con sus sables y bayonetas sobre obreros indefensos, matando indiscriminadamente, saqueando casas privadas y a menudo divirtiéndose incluso en atacar brutalmente a los viajeros encerrados en la estación de Seraing.

Con este método las clases dirigentes de Bélgica no lograrán ahogar en sangre el movimiento obrero. No obstante lograron perturbar su conciencia de clase ya que este movimiento fue luego, durante mucho tiempo, el campo de acción de la confusión anarquizante. Es bastante comprensible que un proletario que sale del embrutecimiento y la miseria, que ve funcionar el sable y el fusil para rebajar sus salarios, considere la violencia como un arma de resistencia legítima y eficaz. La burguesía es la madre tanto práctica como teórica del anarquismo. Pero, a la larga, el espectro anarquista debe desaparecer bajo la luz que proyecta el desarrollo continuo de la producción capitalista sobre las condiciones de emancipación del proletariado moderno. Desde la mitad de los años 80, la clase obrera belga emprendió la lucha por el sufragio universal y la prosiguió victoriosamente hasta la lucha decisiva actual, en que la conquista de ese sufragio representa la caída de la monarquía pseudoconstitucional por obra de la clase obrera.

La lucha ha sido entablada entre el gobierno clerical y el proletariado consciente: el liberalismo belga desde hace mucho tiempo se ha desbaratado ante la acometida de la clase obrera. Es una situación similar a la del imperio prusogermánico, y que al parecer será característica de la evolución continental: la burguesía, incapaz de sostener la dura

lucha contra el proletariado, hace un juego ambiguo y p rfido entre sus adversarios de otros tiempos y sus adversarios de hoy. A ejemplo de nuestros junkers, que sueñan con el sable y el fusil para aplastar definitivamente al movimiento obrero, los clericales belgas emplean los mismos medios, que fueron estigmatizados ya en 1869 por el consejo general de la Internacional en los términos conocidos. Al nivel actual de su desarrollo, la clase obrera belga es capaz de enfrentar esas armas: el juego aparentemente inofensivo de los intermediarios liberales es más peligroso, pero éstos serán barridos una vez que se entable la lucha.

Berlín, 16 de abril de 1902

---

**Alejandría Proletaria**

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Valencia, julio de 2018

[Consulta nuestro catálogo](#)



Edicions internacionals Sedov



[Y el de nuestro sello hermano](#)

---